

Cómo derrotaron miles de pequeños “pingüinos” a un obcecado Goliat

*Jaime Molina Verdejo**

Profesor y Maestro, titulado en la Universidad de Concepción, Chile

El análisis del problema de la educación chilena se puede enfocar a partir de múltiples factores, pero el central es que el interés tradicional del Estado por la educación se transformó porque pasó de una educación orientada en los aprendizajes por otra fundamentada en las estadísticas, las cuales se sostienen en los intereses económicos que avala nuestro sistema llamado eufemísticamente “social de Mercado”.

Durante gran parte del siglo XX, Chile se vanagloriaba de los resultados académicos no solo de sus Instituciones Universitarias, sino también, de sus escuelas secundarias y principalmente de sus escuelas primarias que en gran medida, fueron la herramienta fundamental para que las clases sociales más desprotegidas accedieran a la tan ansiada clase media, reducto cultural y social que les permitiría hipotéticamente, tras algunas generaciones familiares, tener a un profesional universitario --situación común para las clases acomodadas--. Sin embargo, el proyecto educativo fue cambiando de acuerdo con los distintos intereses manifestados por nuestra sociedad.

Durante el gobierno del presidente Salvador Allende se intentó realizar una profunda reforma educativa que permitiera al Estado tomar un efectivo control sobre las políticas educativas (E.N.U), pero ésta fue abortada por la presión de una fuerte oposición que se amparó en la defensa cerrada que hacia la Iglesia Católica y los colegios de enseñanza privada a la llamada libertad de Educación. Ya entrado el gobierno de la dictadura militar --1975-- el objetivo político se homologó al económico, prevaleciendo el principio de subsidiariedad donde el Estado se desvincula de sus roles históricos como la educación y la salud, y se los traslada a particulares u organismos comunales como son nuestras Municipalidades.

El principio en sí, sostiene que frente a aquellas actividades donde los particulares no estén interesados por no obtener las suficientes ganancias, el Estado subsidia de forma tal que el “negocio” sea rentable, generando en la realidad verdaderos empresarios de estas actividades. Sin embargo, el resultado no se hizo esperar. Los empresarios buscan, y esto no es lo cuestionable, ganancias para sus inversiones, pero dejan de lado el resultado del trabajo educativo.

En 1981 se promulgó el decreto ley de subvenciones, dejando en manos de sostenedores particulares o municipales la educación que tradicionalmente había ejercido el Estado en forma directa. En la practica se estableció un mal negocio

para las Municipalidades, quienes deben cumplir a cabalidad la reglamentación establecida pero con reducidos fondos, que solo pueden solventar aquellas de mayores recursos, pero que aun así presentan deficiencias hasta para pagar los desmedrados sueldos de los maestros.

Por otra parte, los sostenedores particulares, inescrupulosos en su mayoría, transformaron la digna labor educacional en una veta inagotable que les permite lucrarse con los fondos estatales, reduciendo los gastos por medio de políticas que riñen con la ética, como por ejemplo: fundar establecimientos educacionales en recintos inadecuados; y establecer contratos anuales a los docentes, lo que asegura el absoluto control de los particulares, recurriendo a amenazas de despido. El sistema regula el pago a los sostenedores por parte del Estado, mediante el control de las asistencias diarias de los alumnos. Este hecho condujo a una práctica recurrente de falsificación o adulteración de estas asistencias, llegando a promover a alumnos que no asistieron a clases.

Un día antes de entregar el gobierno, la dictadura Militar nos sorprendió con una Ley Orgánica Educacional de carácter constitucional. Hecho que impide aprobar una reforma salvo que se cuente con casi las $\frac{3}{4}$ del Parlamento, cosa casi imposible de lograr, debido al sistema binominal electoral Chileno que le garantiza al sector conservador, ligado no solo a las antiguas practicas dictatoriales, sino también a la “burguesía aristocrática”, un cupo de casi la mitad de los cargos elegidos supuestamente en forma democrática.

En esta ley, conocida como LOCE, se fija, hipotéticamente, los requisitos mínimos que deberán cumplir los niveles de enseñanza básica y enseñanza media, y asimismo regula el deber del Estado de velar por su cumplimiento, del mismo modo regula el proceso de reconocimiento oficial de los establecimientos educacionales de todo nivel, incluyendo los universitarios.

En la ley LOCE, se privilegió el derecho de los particulares, es decir de los empresarios , de establecer instituciones educativas de todos los niveles y calidades, solo manteniendo un mínimo de exigencias , que supuestamente serían reguladas por el organismo estatal que es el Ministerio de Educación. De esta manera se habría la caja de Pandora que es hoy nuestro sistema educacional.

Durante los gobiernos de la Concertación de Partidos por la Democracia, que han administrado el país desde 1990, no se ha querido discutir con altura la ley LOCE, a pesar de que la principal Agrupación de Profesores de Chile lo ha puesto en la mesa de debates en numerosas ocasiones, pero con infructuosos resultados. Hasta ahora, la actitud de casi toda la dirigencia política, aprovechando la coyuntura actual, es la de reconocer que es necesario estudiar y analizar el problema, motivados (debiera decir obligados) por la llamada revolución de los estudiantes secundarios. Esto graciosamente me recuerda esa frase de un político que decía:”Que frente a los problemas graves, solo hay dos caminos: Solucionar el problema o... formar comisiones que lo estudien.”

Desgraciadamente, la Ley LOCE, es solo una arista del poliedro que constituye la gran maraña educacional chilena. Otro factor importantísimo es la incorporación de la llamada Reforma Educacional, impuesta durante el gobierno del presidente Eduardo Frei Ruiz Tagle con el Ministro de Educación, el ex presidente Ricardo Lagos Escobar. En esta reforma se pretendió mejorar la calidad de la enseñanza mediante una mala copia de un sistema aplicado en España, que además, ya en esa época había probado en su país de origen con muchos más recursos, su casi nula factibilidad y eficiencia. Sin embargo, al parecer, la tozudez española, también fue importada a la tierra de Neruda y de Violeta Parra.

La Reforma Educacional pretendía mejorar la Infraestructura de los establecimientos educacionales, aumentar la jornada escolar para evitar el riesgo social de los estudiantes al permitir estar al cuidado de niñeras y niños con título de Pedagogo, debido a que el sistema económico, obliga a las madres, muchas de ellas jefas de Hogar, a trabajar largas jornadas, para así lograr un sueldo paupérrimo. Además se modificaron los planes y programas educacionales que paradójicamente fueron llamados “contenidos mínimos”, los que son casi imposibles de implementar a cabalidad por las deficiencias del sistema y por la extensión de sus requerimientos.

Por otra parte, se permitió la libertad de los proyectos educacionales en los diferentes colegios, lo que a la larga generó una brecha gigantesca entre los colegios privados y los particulares subvencionados, pero más aún entre los colegios municipales (con honrosas excepciones). Esta diferencia en la calidad de la educación se ha probado mediante instrumentos que se aplican a todos los colegios como son la Prueba Nacional de Ingreso a las universidades tradicionales que rinden los alumnos al terminar su enseñanza secundaria, o la prueba SIMCE, que se aplica a distintos niveles durante el transcurso tanto de la enseñanza primaria como de la secundaria. Los resultados fueron desastrosos, demostraron que los alumnos del 8° nivel no solo no manejaban las cuatro operaciones aritméticas básicas, sino que tampoco tenían una comprensión lectora mínima para entender los planteamientos de las mismas preguntas. A pesar de estos resultados, las autoridades educacionales y políticas no entendieron que el sistema estaba fallando, al contrario, no enmendaron su rumbo y siguieron empeñados en mantener la ruta del descabro, cubriendo las fuertes sumas de dinero invertidas en el sistema que solo algunos benditos por el beneficio, saben dónde y en qué manos han caído.

Una de las soluciones para evitar tal bochorno institucional fue disminuir los niveles de exigencias, justo en aquellos niveles de mayor riesgo social, pero la diferencia de rendimiento volvió a crecer terminado el proceso básico. La gota que rebasó el nivel de la cordura, fue culpar a los Maestros de la mala educación, por no manejar sus políticas educativas, que ilógicamente se preocupan hasta la saciedad del proceso burocrático de la educación, pero no de los resultados educativos. Culpan a los Maestros, pero el sistema reformado permite que hoy se obtengan cursos de pedagogía casi por correo en las Instituciones privadas, donde la carrera

Universitaria ha sido no sólo mutilada, sino entregada a los mercaderes de la educación profesional, quienes se solazan al amparo de una ley que los ha hecho millonarios.

Hoy nos sorprende y gran parte de la ciudadanía siente admiración por el movimiento estudiantil de los llamados “pingüinos”, en directa alusión a la forma y color de sus antiguos uniformes escolares -hoy en día la mayoría no los usan porque se han creado otros modelos por los nuevos colegios que tienen el monopolio de la venta-. Estos movimientos no surgen espontánea ni menos desorganizadamente, sus raíces se remontan a la década de los ochenta --aún bajo la dictadura Militar-- cuando algunos valientes estudiantes secundarios luchaban por generar gobiernos estudiantiles, llamados Centros de Alumnos, de tipo democráticos, quienes luchaban por obtener una organización que agrupara a todos los colegios fiscales de Chile; o por la rebaja en el pasaje escolar en el ferrocarril subterráneo de Santiago, orgullo de la ciudadanía de la capital y tangencialmente se luchaba por generar un movimiento social que derrocará al Dictador. Estos alumnos fueron los que iniciaron las primeras ocupaciones de algunos colegios, so pena de ser capturados y ser tratados como terroristas, por el solo hecho de querer una educación igualitaria que les permitiera el acceso a la educación universitaria.

Con la llegada de la llamada “Democracia protegida”, muchos tuvimos la impresión de que estos problemas se solucionarían, pero el poder del dinero había socavado profundo en las fortalezas institucionales de nuestra antigua sociedad. Era la época de la privatización de la Salud, de las pensiones de vejez, de los caminos, de la Educación y, por qué no, también de nuestra conciencia. Desgraciadamente habíamos hipotecado nuestra dignidad de país para llegar a ser los jaguares de América, a costa de lo único que nos había destacado entre los Nobel --sólo dos insignes **MAESTROS** en Chile han recibido este premio--. Nuestra educación estaba grave, y lo peor era que el verdugo injusto no tardaría en dar su último golpe, vestido de demócrata.

Los estudiantes secundarios, tras volver a organizarse, volvieron a sus luchas callejeras a finales del Siglo XX como una prueba que era el siglo el que moría pero no su espíritu de lucha, incólume e insobornable ante la autoridad que parecía haber olvidado sus discursos y sus principios, al entrar en sus cómodas oficinas dejadas por la Dictadura. El Motivo esta vez, volvió a ser su derecho al pasaje en el transporte público y su privatizado “Pase escolar” --tarjeta a modo de identificación escolar, que les permite utilizar una rebaja en la tarifa normal de los usuarios--.

Fue el llamado “Mochilazo”, haciendo referencia a su típico morral estudiantil. Pero, ahora, fue distinto porque las calles se llenaron con miles de “pingüinos” que gritaban más fuerte que los noticieros de televisión, manejados por el Gobierno; fueron miles que eran imposibles de arrestar; se coparon los cuarteles policiales y sus carros, y sus furgones, pero ellos seguían gritando, era la fuerza de luchar por lo justo. En este mal sistema educativo una de las pocas cosas aprendidas por ellos era que había que luchar por sus derechos, y ese día nadie quería dejar de ser parte de

esa batalla que tenían que ganar. Y así fue, tras algunos días, la entrega del documento volvió al control del Ministerio de Educación. Los “pingüinos” esa vez, más “*organizadamente desorganizados*” habían ganado su primera gran batalla.

Hoy, su organización, sus reglas, su orden, sus asambleas a las que no se falta, su lucha por una mejor educación, su preparación en los temas señalados, su claridad para enfrentar los debates, las entrevistas, las mesas de trabajo y su madurez juvenil nos ha dado el ejemplo más grande a todos los chilenos: Ellos son la fuerza de la razón, ellos exigen algo que es su derecho. E increíblemente los han escuchado el Ministro y sus amenazas, los políticos y sus diatribas, nuestra Presidenta y su rígido programa de trabajo, los periodistas y sus entrevistas interesadas, los ciudadanos y su abulia. Por eso me siento orgulloso de ser maestro, por esos frutos, por nuestros PINGÜINOS que lograron lo que nosotros los adultos no pudimos o no quisimos, por derrotar a ese Goliat vestido de intereses económicos: “Pingüinos del mundo, uníos”.

*Asesor de Centros de Alumnos en la década de los ochenta, (Liceo Darío Salas)
Dirigente gremial en Colegio municipal (en la década de los noventa) (Liceo Darío Salas) y
Dirigente sindical en Colegio Particular Subvencionado (en la actualidad) (Liceo Ruiz Tagle)
Santiago - Chile